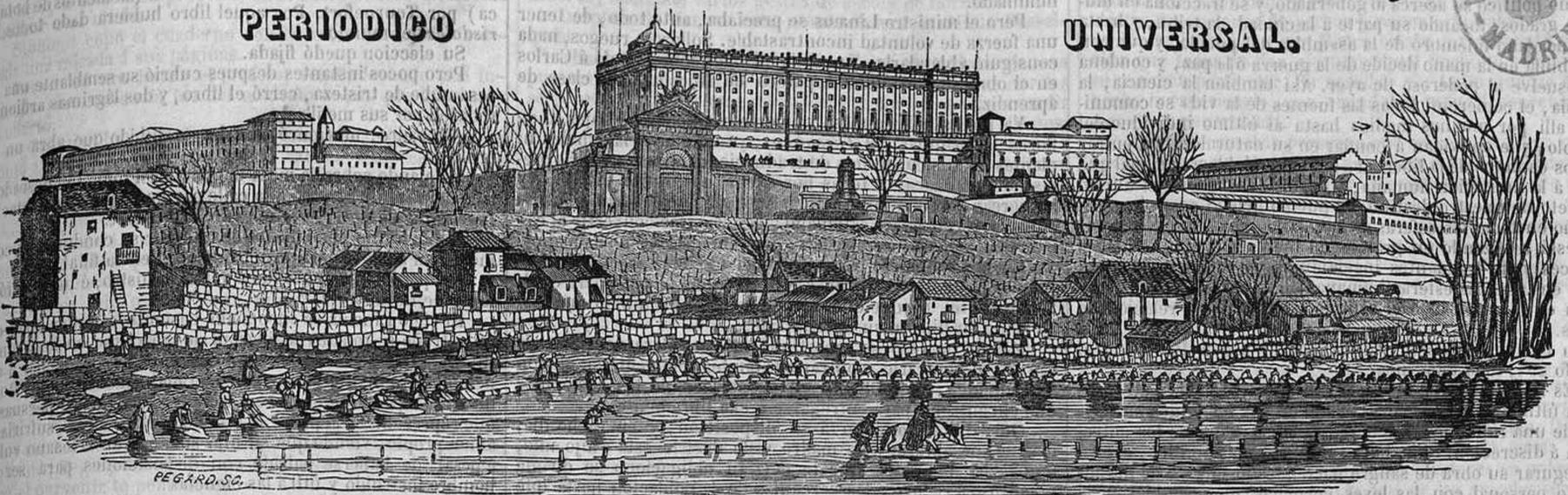


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 217.—SÁBADO 23 DE ABRIL DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

INFANTERIA TURCA.

Ahora que las exigencias de Austria y de Rusia respecto á Turquía han hecho fijar la atención en este país, creemos que nuestros lectores verán con gusto el grabado que acompaña á estas líneas, destinado á dar una idea del aspecto que presenta el ejército turco, despojado ya casi por completo de los pintorescos trajes de otros tiempos, y de tal manera uniformado á la europea, que apenas se distinguiría por otra cosa que por la cabeza, cubierta aun con una cosa que si no es turbante, todavía no tiene de chacó todo lo necesario. La misma innovación que las tropas turcas han hecho en su uniforme, se ha extendido á su táctica; y si los temores que llegaron á preverse de una guerra se hubieran realizado, los turcos se habrían batido con la misma regularidad que observamos en las maniobras de nuestras tropas. Siempre que la política ha hecho fijar la vista en un punto dado, señalándole como amenazado de una guerra, hemos procurado consagrar una página de LA ILUSTRACION á presentar un dibujo de las fuerzas militares con que cuenta, y hemos observado que nuestros lectores han recibido bien esta práctica; por eso esperamos que hoy dispensarán la misma acogida á nuestra lámina.

CRITICA LITERARIA.

DOS PALABRAS SOBRE EL COMPENDIO DE LA HISTORIA UNIVERSAL, ESCRITO EN ALEMÁN POR EL DOCTOR WEBER, Y TRADUCIDO AL CASTELLANO, DE LA QUINTA EDICION, CON ALGUNAS CONSIDERACIONES, POR D. JULIAN SANZ DEL RIO.

En medio de la agitación política que llama al espíritu á los negocios esteriore, sin permitirle ocuparse tranquilamente en trabajos serios que tengan un fin ulterior al del día, es un acontecimiento importante para nuestra literatura la llegada á nuestras manos de una obra seria, que supone en el autor larga preparación, aplicación poco común, y atestigüa un sentimiento noble de un porvenir mas sereno que el presente.

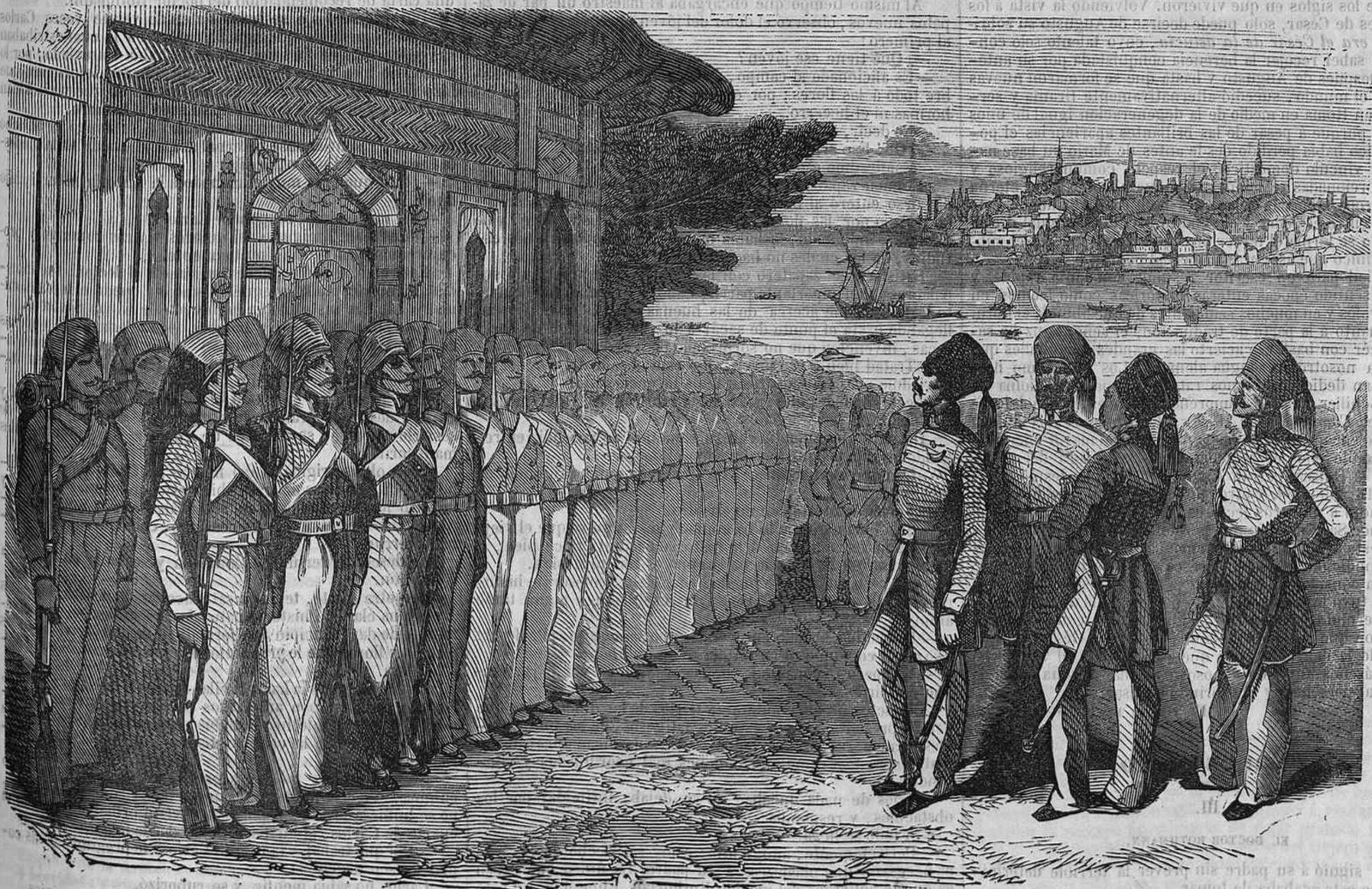
La lectura del primer tomo de la obra publicada por el señor Sanz del Rio nos ha sugerido la anterior reflexion. En este libro, que comprende la historia antigua, hemos hallado, no solo una forma de composición nueva, presentando la historia en un enlace real y animado, sino claridad en el decir, igualdad y viveza en la esposicion, y un colorido de estilo difícil de dar á la narracion de hechos y personas lejanas, cuyas relaciones con lo presente, aunque reales en la unidad de la historia, son poco conocidas todavía.

El señor Sanz escribe lleno de la idea que va á espresar componiendo y pintando á la vez; pero de tal modo, que caminando unidos la espresion y el pensamiento, hasta en sus últimos accidentes, sin interrupcion ni debilidad y siempre derechos á un fin, dan por la unidad del sentido cierta fuerza á las palabras que no tendrían puestas en otro lugar ó en otra relacion. Resalta además en esta obra, según el primer tomo que hemos leído, un profundo carácter filosófico, superior al idealismo abstracto y al materialismo grosero que alternativamente dominan la sociedad, inspirando en el lector el asentimiento de la convicción.

No queremos ser creídos bajo nuestra palabra, y por lo mismo vamos á citar dos pasajes en donde resaltan muy especialmente el profundo sentido con que el señor Sanz del Rio trata la historia universal, la elevacion de idea, la posesion de los hechos, y un estilo, descuidado á veces, pero sustancial, rápido y animado, sin que por esto olvide el autor el tono serio que conviene al asunto.

En el sexto párrafo de la introduccion, al folio 11, dice el señor Rio de esta manera:

«Asimismo el que quiera hallar la unidad histórica estudiando de las unidades segundas á las superiores, debe estudiar la historia del mundo griego hasta reconocer cómo la humanidad ensaya allí en pequeño la idea opuesta á la edad y pueblo asiático; la idea de libertad y de relacion omnilate-



Infanteria turca.

»ral humana. Los dioses griegos bajan del Olimpo y se comunican familiarmente con los hombres: el Dios de la ciudad, el de la familia ó gente, el de la casa, hasta el *Demonio del hombre*, tiene en Grecia parte de divino y humano. El gobierno político se acerca al gobernado, y se fracciona en muchos grados, tocando su parte á la ciudad, la tribu, y hasta al ciudadano miembro de la asamblea del pueblo, y que con la tablilla en la mano decide de la guerra ó la paz, y condena ó absuelve al poderoso de ayer. Así tambien la ciencia, la poesía, el comercio, todas las fuentes de la vida se comunican allí por muchos medios hasta al último individuo del pueblo, y le convidan á confiar en su naturaleza y á entrar en los caminos de la libertad, gustando del bien y el mal que toca á la limitación humana, y dejando á solo Dios el último decreto de nuestro destino. El pueblo griego ensayó en pequeño en todas las esferas de la vida lo que el mundo moderno está realizando en grande, si bien en medio de luchas tenaces y de frecuentes incertidumbres sobre su destino; pero en todas las esferas humanas; hoy en esta esfera, mañana en la otra, bajo el sentido de libertad y relación de todas.»

En la consideración política que el señor Rio pone al párrafo 291, folio 335, dice:

«Es imposible no admirar á César. Mario había puesto su mira última en la venganza brutal de sus enemigos en medio de una república degenerada y sin ley que se los entregaba á discreción. Sila, tan cruel, pero mas político, aspiró á asegurar su obra de sangre haciendo un ensayo de despotismo personal con las leyes cornelias que cambiaron la constitución de Roma, la cual, perdida su base en la constitución doméstica, en el temor religioso, y en la división clara de los estados, estaba ya de hecho bajo el poder personal. Pompeyo, digno hijo de Roma como soldado, pero sin carácter como hombre, se contentó con gozar del poder extraordinario que el tiempo y la república misma ponían en sus manos. César, que reunía los talentos de todos sus predecesores, y el sentido de la grandeza de Roma, tenía sobre esto su carácter personal. Además había peleado y triunfado laboriosamente en todos los extremos de la tierra, y conocido por sí mismo todos los pueblos, los gauleses y germanos, los egipcios, los asiáticos y los africanos. Mientras sus predecesores descansan en sus triunfos y se apresuran á cojer el fruto, un sentimiento superior lleva á César de expedición en expedición, teniendo en poco el triunfo del día por merecer la gloria de mañana. En sus continuas salidas de Roma, en su ojo fijo siempre á acabar enteramente las empresas comenzadas, en la generosidad con que pensó él mismo sus manos y su cuerpo en todas sus obras, reconocemos al grande hombre que se arma contra los motivos inferiores, concibiendo y cumpliendo cada día fines mayores. Sin duda era una pasión la que dominaba á César (como á Alejandro y á Napoleón); pero esta pasión se confundió casi con la virtud, y tales pasiones y hombres son los que hasta hoy han hecho dar pasos decisivos á la historia humana. Una comparación no hemos de olvidar aquí: César tenía un corazón sensible y hasta tierno, junto con una idealidad romántica como Alejandro; pero tenía un carácter mas formado que este, era mas hombre. Napoleón era mas bien impresionable y romántico en sus primeros años que sensible: pero mejor que hombre de carácter era hombre de sistema. Así estos tres hombres representan tres grados históricos y sucesivos de la vida conforme á la relación histórica de los siglos en que vivieron. Volviendo la vista á los sucesores de César, solo puede decirse de Augusto su sobrino: que era el César de la astucia, cuyo talento solo consistió en saber recoger la herencia conquistada por su antecesor. Después de Augusto y hasta que se formaron nuevas ideas en el mundo, sucedió alternativamente tiranía y servilismo en Roma en medio de la degeneración igual de unos y otros, porque á pesar de las brillantes apariencias el poder político había perdido desde antes de Mario su base natural: el vínculo doméstico, el respeto comun religioso y las proporcionadas relaciones de riqueza como base eterna de las proporcionadas relaciones políticas. Allí donde esta relación entre el poder y el súbdito deja de ser igual ó casi igual, no se forma el tercer medio entre el poder y el súbdito, el único que asegura la libertad comun.»

Es difícil para un escritor resumir con tanta rapidez y fuerza de sentido épocas enteras históricas como leemos en estos párrafos y en muchos semejantes de que abunda el libro.

En cuanto á la parte de traducción, el señor Sanz ha sabido vencer con bastante acierto las grandes dificultades que tiene para nosotros la lengua alemana. Los que como nosotros hayan dedicado algunos ratos á conocer el idioma de Goëte y Schiller, podrán comprender bien el trabajo del traductor del *Compendio de Weber*; los profanos á la lengua alemana le encontrarán no obstante digno del mayor encomio. En prueba de ello les recomendamos la lectura del argumento de la Odisea, párrafo 61, folio 142, el de Jesu-Cristo, párrafo 215, folio 360, y otros muchos que quisiéramos dar á conocer aquí á nuestros lectores.

El señor Sanz del Rio nos perdonará si antes de dar fin y postre á este artículo nos atrevemos á preguntarle, gracias á nuestra condición un poco picaresca y algo satírica, si cuando escribió la consideración política ya citada, y subrayó ciertas palabras, tuvo presente á un alto personaje de nuestros días, que ha recogido la herencia de un tío suyo con no menos astucia con que recogió Augusto la de su tío César; porque á pesar de la delicadeza con que está escrito el susodicho pasaje, hásenos antojado á nosotros hallar alguna analogía entre el tal personaje y el sobrino de César.

EL BARON DE ILLESCAS.

CARLOS LINEO.

III.

EL DOCTOR ROTHMANN.

Carlos siguió á su padre sin prever la terrible determinación que este acababa de tomar.

No bien hubieron llegado á su casa, cuando tuvo que despojarse de su traje de estudiante y endosar otro grosero, al

que acompañaba un delantal sucio de cuero, queapestaba á pez desde cien leguas.

Las lágrimas de Carlos corrieron en abundancia, y su madre no pudo menos de sentir un dolor profundo al verle tan humillado.

Pero el ministro Linæus se preciaba, ante todo, de tener una fuerza de voluntad incontrastable. Sollozos, ruegos, nada consiguió ablandarle, y aquella misma noche instaló á Carlos en el obrador del único zapatero de Rueshult en clase de aprendiz.

Ya no estudiaría mas; ya no podría llenar de hojas ni de flores las páginas del *Thesaurus*; ya no dibujaría árboles ni plantas en sus cuadernos de traducciones. Pero se vería precisado á machacar á todas horas con un pesado martillo, y aguderear con una lezna fétidas suelas que causaban náuseas continuas á su pobre estómago! Tendría que convertir el cáñamo en cabos á fuerza de pez, que ennegrecerian sus manos.

Cuando su madre pasaba por delante de la zapatería, deramaba abundantes lágrimas y apresuraba el paso para ocultar su llanto, porque el ministro la había prohibido que distrajese á su hijo en su aprendizaje.

Mas no por eso se amortiguó la verdadera vocación de Carlos; al contrario, contrariada tan terriblemente su afición á la botánica, se aumentó en proporción de los obstáculos que encontraba para entregarse á ella libremente.

Quedaba el domingo á su disposición, y en dicho día, después de abrazar á su madre y de decirle esta «hijo mío, aprovecha los ratos que te deja tu obligación» se dirigía presuroso á recorrer las cercanías de la población hasta que al fin volvía cargado de flores.

Al principio, y con no poca desesperación suya, aquellas flores, por falta de herbario, se secaron y se perdieron al punto completamente; pero el deseo aguza el ingenio, y no tardó el joven Lineo en formar otra colección.

Reunió una porción de tiestos de barro de diversas dimensiones, y cuando quería conservar una planta la ponía en uno de ellos, y lo llenaba cuidadosamente de arena. Esta, con auxilio del calor se impregnaba de la humedad de la planta, de las hojas y del tallo, y al cabo de algunos cuantos días sacaba la planta ya seca en su forma primitiva y perfectamente conservada, á escepción del color, que siempre quedaba algo mas pálido.

—Nunca hubiera imaginado yo cosa semejante, le decía cándidamente el zapatero, quien no obstante su rudeza, era lo que se llama un buen hombre, y se estaba contemplando la colección de flores secas. Lástima es que todo eso no sirva para nada, añadía por vía de correctivo; en efecto, nunca ganarás un pedazo de pan con tan pobre industria.

Carlos, entre tanto, por obedecer á su padre, se aplicó al oficio que este le había impuesto, y llegó á ser tan buen artesano como lo permitían los adelantos de su época. Echaba de menos, á pesar de todo, su herbario de Vexio, sus libros latinos y todas sus esperanzas de entregarse al estudio de la historia natural.

Llorando estaba cierto día en el obrador, cuando entró en él uno de los muchos parroquianos del maestro zapatero.

Este se levantó al punto, se quitó con no menos apresuramiento el gorro que cubría sus blancos cabellos, y le saludó con respeto.

El recién llegado era acaso el personaje de mas consideración, é indudablemente el mas sabio de la población de Roeshult, á saber; el médico Rothmann.

Al mismo tiempo que encargaba al maestro un par de zapatos nuevos, observó el dolor del joven aprendiz, y preguntó al primero:

—¿Qué tiene ese joven?

—Es aficionado al campo, á los prados, á los bosques y sobre todo á las flores; por esa misma razón no le gustan las hormas ni el becerro.

—Es decir, que no trabaja...

—¡Oh! Eso sí; pero preferiría otra ocupación.

—Esplicadme eso con mayor claridad, maestro.

El buen zapatero no se hizo rogar, y en un prolongado discurso enteró al médico Rothmann de cómo Carlos dejaba su trabajo por las flores, del descontento de su padre, y de que este, indignado, le había obligado á abandonar unos estudios, en los cuales no hacia progresos.

Satisfecho el zapatero con la atención que prestaba á sus palabras aquel importante parroquiano, se estendió todo cuanto le fué posible acerca de las buenas cualidades del joven, llegando hasta el punto de sacar á luz su colección de flores secas, invención que no sorprendió poco al doctor.

—Tratad bien á ese joven, dijo este al salir del obrador, y enviadme por él los zapatos que os he encargado.

Pocos dias después se halló Carlos en casa del médico Rothmann.

Después que cumplió con su cometido de aprendiz entregando los zapatos que llevaba, dijo el doctor:

—Con que según parece, no te agrada mucho tu oficio de zapatero?...

El joven contestó con un suspiro.

—Sí, el maestro me lo ha contado todo, y ya sé que el viejo Linæus no es aficionado á la historia natural. Hace bien, á fé mia, porque la historia natural no es una profesión.

—Sí, pero un hombre puede llegar á ser profesor de historia natural, respondió Carlos con resolución y algun tanto animado.

—Mucho has andado en poco tiempo, amiguito. ¡Profesor! Eso no se consigue ni en un dia ni en un año.

—Ya, pero se consigue, repuso el joven en voz baja, aunque con firmeza.

El doctor procuró enterar á Carlos de las dificultades que debían presentarle unos estudios fatigosos, de los innumerables pormenores de una ciencia, cuyas clasificaciones estaban mal hechas, así como sus nociones mal coordinadas y confundidas.

Carlos de nada dudaba, no se dejaba intimidar por los obstáculos, y respondía:

—A todo se llega.

—Perfectamente, amigo mío: estoy satisfecho de tí, mas es necesario que obedezcas á tu padre. Lo único que deseo es que te acuerdes del médico Rothmann. Elige pues, ó este *risdale* (moneda del valor de diez y nueve reales y medio) ó este libro.

Por muy considerable que fuese, particularmente en aquella época, la cantidad que se le ofrecía, Carlos hizo del *risdale* el mismo caso que si hubiera sido la mas ínfima pieza de cobre; pero se abalanzó al libro y se estremeció de placer al leer su título: *Elementa rei herbarice* (elementos de botánica) por Tournefort. Por aquel libro hubiera dado todos los *risdales* del mundo.

Su elección quedó fijada.

Pero pocos instantes después cubrió su semblante una espesa nube de tristeza, cerró el libro, y dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas.

—Mi padre, murmuró, me ha prohibido que abra un libro...

Y dejando sobre la mesa del doctor el tomo tan deseado al lado del *risdale*, corrió á la calle por no ceder á la tentación fuertísima de llevarse la obra de Tournefort.

El doctor no pudo menos de admirar su conducta, y conmovió su alma aquella prueba de obediencia filial.

Sin perder momento fué á ver al ministro, é intercedió en favor de Carlos.

El viejo Linæus se incomodó bastante al reflexionar que un extraño se tomaba la libertad de mezclarse en los asuntos interiores de su casa; pero ¿podía negarse á escuchar á una persona tan distinguida y considerada como el doctor Rothmann? ¿Y podía tampoco resistirse á aquel acento persuasivo que representaba al padre lo mucho que algun dia sufriría su amor propio, viendo que su hijo solo era un artesano vulgar á pesar de haberse hallado con disposiciones para ser un hombre instruido y útil á las ciencias?

Medio convencido el ministro, y no sabiendo qué oponer á tan convincentes razones, consintió en que su hijo continuase los estudios; pero irritado, á pesar de todo, declaró que nada quería hacer por él, y que Carlos, por lo tanto, debía bastarse á sí mismo.

No se crea que las angustias de nuestro joven habían terminado.

Él había dicho: «á todo se llega,» y llegará indudablemente, porque poseía una de esas voluntades de hierro, que son el mas bello don que Dios puede conceder á un mortal.

Llegará, sí, pero ¡cuántos trabajos, cuántas fatigas, cuántos disgustos le esperan en su camino!

Llegará, y cuando se vea en el apogeo de la gloria, cuando le rodeen el aprecio y la admiración de toda la Europa, cuando el pueblo de Roeshult le proclame su hijo predilecto, le vereis (y en esto ofrece su vida un raro ejemplo) siempre cariñoso, siempre afable, siempre modesto, disfrutar prudentemente su dicha, sin olvidarse nunca de los amargos dias que para él han transcurrido.

IV.

EL COPIANTE.

Carlos se despidió de su padre, abrazó tiernamente á su madre, que le dió en secreto el bolsillo de sus ahorros, y echándose un saco al hombro salió de Roeshult, no sin derramar copiosas lágrimas, que al fin secó la esperanza de volver algun dia sabio y lleno de honores.

Ignorando los obstáculos que debía encontrar en su camino, llegó á Lund. No era este el término de su viaje; pero había allí universidad, y en ella un profesor de historia natural, llamado Kilian Stobæus, para quien nuestro joven llevaba una carta de recomendación del doctor Rothmann.

Durante su viaje se había detenido veinte veces Carlos para asegurarse de que aquella carta, en la cual estribaban sus esperanzas de fortuna, no se le había extraviado; por lo tanto, no bien hubo llegado á Lund, cuando lo primero que hizo fué enterarse de las señas de la casa en que vivía Kilian Stobæus, y dirigirse á ella con su saco al hombro.

Leyó la carta de recomendación de su amigo el anciano profesor, y sonriéndose paternalmente al examinar la modesta fisonomía del joven, le dijo:

—¿Con que eres muy aficionado á la historia natural, hijo mío?

—Sí, muchísimo, respondió Carlos.

—Pues bien, amiguito, si quieres vivirás conmigo y procuraremos sernos útiles mutuamente.

Esta oferta, como puede figurárselo el lector, fué inmediatamente aceptada, y aquel mismo dia quedó el hijo del ministro Linæus instalado en la morada de Kilian Stobæus.

Este, no obstante, era hombre poco acomodado, y apenas contaba con lo suficiente para sus necesidades y las de su familia: por esta razón trató de que Lineo ganase con su trabajo los gastos que le ocasionaba.

Muy pronto se encontró el medio de conciliarlo todo, y Carlos, deseando granjearse el aprecio de su protector y de servirle en algo, se encargó de copiarle sus interminables manuscritos.

Eran obras originales del mismo profesor, pero muy difusas y difícilísimas de transcribir: estaban además en latín, y nuestro joven estudiante no se hallaba todavía muy familiarizado con este idioma, cuyo estudio, como ya sabemos, había interrumpido.

El deseo de ser útil le animaba y sostenía en tan árida ocupación.

Por otra parte, tenía la satisfacción de asistir todos los dias á una clase de historia natural, de estudiar su cara botánica, y de dar principio á la formación de herbarios, con las plantas y flores que le proporcionaba y partía con él su maestro Kilian.

Una circunstancia hacia cavilar mucho al anciano Stobæus, cuyos gastos estaban arreglados por la mas estricta economía: el dispendio de luz se había duplicado, á pesar de que las costumbres de la casa no habían sufrido la menor variación.

Nunca hubiera tal vez acertado el profesor tan oscuro enigma, si cierta noche, en que no podía conciliar el sueño, no se hubiese levantado por haber visto brillar una luz en el cuarto de Carlos, al cual se dirigió desde luego.

—¿Por qué trabajas tan tarde Carlos? le preguntó. Esas copias no son urgentes.

Carlos no sabía mentir, y se ruborizó.

—Maestro, le dijo, no estoy trabajando con las copias.

—¿Pues en qué, amigo mío, en hora tan avanzada?

El joven copiante se ruborizó mucho mas aun y alargó á su maestro un cuaderno muy sencillo de papel ordinario, aunque para él sumamente precioso, pues contenia una série de observaciones redactadas con grande inteligencia, así como un extracto, ó mas bien proyecto de la Flora sueca, que debía publicar mas tarde.

Stobæus cojió el cuaderno con la única intencion de dirigir una mirada á sus páginas.

Pero pasó una hora y el profesor seguia leyendo casi inclinado para recibir la luz del modesto velon que iluminaba el cuarto.

—¿Quién te ha ayudado en este trabajo, amigo mio? preguntó al fin á Carlos, levantando la cabeza y espresando con sus ademanes un vivo sentimiento de admiracion.

—Nadie, maestro, contestó el joven algo confuso.

—Pero ¿quién te ha enseñado esos términos de la ciencia? Carlos señaló con el índice los elementos de botánica de Tournefort, obra que el doctor Rothmann habia por último conseguido hacerle aceptar.

—Trabaja, hijo mio, trabaja, le dijo Kilian, porque tú nos aventajarás á todos.

Y como reprendiéndose á sí mismo añadió:

—Necio de mí que he pretendido sepultar esa inteligencia en el ingrato trabajo de sacar copias! Vamos, vamos, devuélveme mis manuscritos y yo mismo los copiaré. Por lo demás, desde mañana puedes consultar todas las obras que poseo, pues mi biblioteca está á tu disposicion. Estudia, estudia, hijo mio; llegará dia en que seas el honor de tu patria, porque el porvenir te pertenece.

Al siguiente dia ya era dueño Carlos en efecto de todos los libros de Kilian Stobæus, y se entregaba á los mas serios estudios.

Pero un obstáculo se presentó á detener su ardor. Todos aquellos libros, como otras tantas obras científicas del último siglo, estaban escritos en latín, y ya hemos dicho que el joven aprendiz de zapatero habia olvidado lo poco que habia aprendido de dicho idioma.

No le abandonó sin embargo el valor; se entregó nuevamente al trabajo de volver á reparar declinaciones y conjugaciones, suspendiendo sus elementos de lengua latina para traducir algunas páginas de Plinio el naturalista, y avanzando con lentitud, pero siempre con buen éxito en tan improbable tarea.

Hacia un año que trabajaba de este modo con incansable afán, y habia leído ya casi todos los volúmenes de la biblioteca de su maestro. No habia encontrado en ellos coordinacion regular, ni definiciones exactas, ni arte metódico, y ya meditaba por lo mismo una grande obra, que debía unir el órden á la caridad. Tuvo sin embargo bastante talento y modestia para conocer que sus estudios no habian llegado á la perfeccion necesaria, y por lo mismo no quiso emprender temerariamente lo que proyectaba.

El anciano Kilian Stobæus era del mismo parecer, y cierto dia dijo á su discípulo, interrumpiéndole en medio de su trabajo:

—Hijo mio, he hecho por tí cuanto puede hacerse en esta poblacion; pero necesitas un campo mas vasto, pues aquí es imposible que estieras el círculo de tus conocimientos hasta el punto que quieras, hasta el que Dios ha dispuesto que los estieras. Yo he leído en tu corazón, y sé que permaneces en Lund por afecto á mi persona, pero no quiero que mi amistad perjudique á tus trabajos ni te detenga en el camino que debes recorrer. Es preciso que me abandones, hijo mio, y que vayas á Upsal. Allí te verás en el centro de los conocimientos humanos y en medio de profesores mas jóvenes y mas activos que yo, de modo que podrás adelantar á pasos agigantados. Si un dia, como no lo dudo, Dios te concede la felicidad de que seas un buen ciudadano, útil á tu país por tu talento y tu ciencia, acuérdate alguna vez de que tu viejo amigo Kilian te ha ayudado á dar unos cuantos pasos al principio de tu carrera.

Estas palabras eran demasiado prudentes y generosas, para que Carlos tuviese cosa alguna que oponer á ellas.

Se arrojó á los brazos de su anciano profesor, y ambos permanecieron durante largo espacio estrechamente abrazados.

Pocos dias despues llegaba Carlos á Upsal, conmovido aun por la tierna despedida y por las últimas pruebas de amistad que habia debido al excelente Kilian Stobæus, quien, no menos afectuoso que su madre, se habia empeñado en partir con él su bolsillo.

Entre dos corazones generosos no tiene cabida el sentimiento de una falsa vergüenza; Carlos habia aceptado el don de un verdadero amigo.

(Concluirá.)

LAS SERPIENTES Y SUS MAGNETIZADORES.

(Continuacion.)

M. Jacquin escribia á Lineo que habia logrado comprar el secreto de fascinar las serpientes por medio de la *aristoloquia crugiscida* ó aristoloquia de Méjico, que era la planta de que se servian los indios para esta operacion. Forskhal informó tambien al sabio naturalista sueco que los egipcios se servian para estos fines de una especie de aristoloquia, aunque sin designar el nombre.

Empero volvamos á Hasselquist. «Lo único que puedo decir, añade, respecto á las circunstancias que acompañan á la fascinacion de las serpientes en Egipto es que:

1.º Solo conocen el secreto ciertas familias que lo transmiten de padre á hijo.

2.º El que sabe magnetizar las serpientes nunca toca los demás reptiles venenosos, como los escorpiones, etc. Existen por el contrario otros individuos que magnetizan estos reptiles, y que en cambio no tocan jamás á las serpientes.

3.º Los magnetizadores de serpientes las comen crudas ó cocidas, y aun hacen con ellas ciertas sustancias que comen en familia, usando este método especialmente cuando van en busca de estos reptiles. Se dice que los árabes de Egipto y de la Arabia comen con frecuencia serpientes fritas ó hervidas; y aun cuando no sepan fascinarlas, no por eso dejan de cazarlas y apoderarse de ellas muertas ó vivas.

4.º Despues que los fascinadores han comido la sopa, re-

ciben la bendicion de su *scheik* ó sacerdote de su tribu. Este se sirve entonces de ciertas fórmulas ininteligibles para los profanos, acompañándolas de varias formas supersticiosas; entre otras, escupe varias veces en el rostro de los magnetizadores, haciendo varios gestos de asco y de horror.»

Despues de darnos esta nomenclatura continúa Hasselquist:

«Estoy persuadido que la bendicion sacerdotal es una pura supersticion que de nada puede servir para fascinar las serpientes; pero los magnetizadores se empeñan en persuadir que su fuerza y poderío depende únicamente de esta circunstancia. Esto es general: cuando el pueblo no puede darse á sí propio razon de tal ó cual hecho extraordinario, lo atribuye siempre á la intervencion de un ser sobrenatural.

»Tambien se me ha asegurado que existe una planta con cuyo zumo se frota las manos antes de cojer las serpientes; pero como no la conozco ni nadie me la ha enseñado, dudo que sea cierto.»

Consultemos ahora á Bruce, cuyo testimonio no nos puede ser de modo alguno sospechoso, á pesar de la gran oposicion que ha encontrado entre sus contemporáneos.

«El *cerasto*, dice este viajero, se mueve con extrema agilidad en todas direcciones, hácia adelante, hácia atrás, á derecha ó á izquierda. Cuando quiere sorprender á alguien, va acercándosele poco á poco y deslizándose furtivamente, volviendo la cabeza hácia atrás; hasta que llegado á la distancia que cree conveniente salta y se agarra fuertemente de la parte que puede cojer. Por mas que se ha dicho, el *cerasto* sabe saltar perfectamente. He visto uno en una casa del Cairo ponerse derecho arrimado á un bote que contenia otras muchas serpientes, y mantenerse emboscado hasta que llegó junto á ella uno de los jóvenes que nos procuran estos reptiles. Entonces, á pesar de su deventajosa posicion que le obligaba á permanecer recto á lo largo de la pared, el astuto reptil se arrojó á una distancia de mas de tres piés, y mordió al hombre entre el pulgar y el índice, tan fuertemente que le hizo sangre. El herido no manifestó dolor ni temor alguno, y se pasaron cuatro horas sin que aplicase remedio alguno á su herida, ni que él lo pidiese siquiera.

»Para cerciorarme, añade Bruce, que el animal no habia sufrido mutilacion alguna para que sus mordeduras no inspirasen cuidado, supliqué al mismo fascinador herido que le apretase el cuello de manera que obligándole á abrir la boca pudiese examinar perfectamente su interior, forzándole además á que mordiese un pellicano que yo habia domesticado y que era tan grande como un cisne. La pobre ave murió apenas habian transcurrido trece minutos, siendo digno de notarse que á los cincuenta segundos empezó ya á sentir los efectos del veneno, no obstante que habia perdido una parte del *virus* venenoso al morder antes al hombre, y que á pesar suyo le habiamos hostigado á que mordiese al pellicano.»

He aquí ahora la opinion de Bruce sobre la fascinacion:

«No es posible dudar de su realidad. Los que han recorrido el Egipto han presenciado innumerables ejemplos. Es verdad que muchos lo han atribuido á charlatanismo, bajo pretexto que para manejar estos reptiles se les ha hecho sufrir de antemano una operacion que les quitaba el poder de hacer daño, y satisfechos con haber descubierto el misterio, no han querido informarse mas á fondo de las causas. Pero yo no dudo un momento en declarar que he visto en el Cairo, y el que quiera puede observarlo tambien por sí, un hombre que cojió un *cerasto* entre muchas serpientes encerradas en un tonel, colocarlo sobre su cabeza, poner encima su gorro encarnado, volver á cojer el reptil, meterlo en su seno, y rodear con él su cuello, como si fuera un collar. Despues de estos extraordinarios juegos, el jaglar le obligó á morder una gallina que murió á los pocos minutos. En fin, para completar el experimento, el mismo hombre tomó al reptil por el cuello, y se lo comió crudo, empezando por la cola como si fuera una zanahoria ó un apio, sin mostrar la menor repugnancia ni asco.»

Lo que sigue nos enseña que en todos los países donde hay muchas serpientes, los habitantes se sirven de ciertas plantas como extremadamente eficaces para preservarse de su veneno.

La historia nos dice que por doquiera pululan los reptiles, existen ciertas plantas que sirven de antidoto á sus dañinas mordeduras. Por ellas se hacian invulnerables los *Psyllas* y *Manuaries* de la antigüedad.

Ad quorum cantus miles jacuere cerasto:

dice Silio Itálico.

«Empero dejando aparte la historia antigua, no cabe duda alguna que los negros del reino de Senaar estan libres de las mordeduras de las serpientes y escorpiones. Cuando les place cojen los *cerastos* con las manos, los cobijan en su seno, los colocan sobre sus cabezas, como pudieran hacer los niños con una manzana ó una pelota, sin que todos estos ejercicios tan poco agradables para el reptil esciten su furor para morderles. Esta inmunidad no la tienen los árabes desde que nacen; pero la adquieren desde su infancia mascando ciertas raíces y lavándose con una infusion de plantas que ellos conocen.»

Lo que dice á continuacion merece fijar la atencion del observador, pues se echa de ver hasta qué punto someten los fascinadores á las serpientes.

«Un dia que me encontraba con el hermano de Shakh-Adelah, primer ministro de Senaar, nos trajo uno de sus esclavos un *cerasto* que acababa de cojer en un hoyo. Como yo observase la gran familiaridad con que aquel hombre jugaba con el reptil, no pude menos de manifestarle que sospechaba le habia arrancado los dientes; pero él me aseguró lo contrario, invocando el testimonio de Kitton su amo, que cojió al mismo tiempo la serpiente, la enroscó en su brazo, y á peticion mia la hizo llevar á mi casa por el susodicho esclavo. Así que llegamos tomé un pollo por el cuello y le agité delante del *cerasto*. Al verle desapareció repentinamente la indiferencia aparente del reptil, y arrojándose sobre él le mordió con furor. La pobre víctima murió casi de repente. He dicho su *indiferencia aparente*, porque he notado constantemente, que por mas rabioso que estuviese, al momento que lo cojia uno de aquellos bárbaros, parecia como que era acometido de un súbito malestar, cerrando siempre los ojos, y no tornándose jamás contra su opresor. Pregunté á Kitton qué

hacia para no ser mordido, y me contestó: «Así sucede siempre desde que nací. Y esta es la única respuesta que dan aquellos naturales. El pueblo ignorante cree en las mágicas palabras que pronuncian; pero la mayor parte saben el secreto de aquella inviolabilidad, y este consiste en el uso que hacen de ciertas decocciones de yerbas y raíces especiales.»

Es evidente pues que Bruce estaba intimamente convencido que todos podian ejecutar aquel portentoso sujetándose á su régimen particular. Es sensible por tanto que no se haya hecho la esperiencia, aun cuando es natural concebir el temor de la generalidad.

«He visto muchas personas que se resguardaban por este medio, añade nuestro autor, y ejecutar cosas sorprendentes, lo mismo que los que poseen por naturaleza este don. Se me han proporcionado las drogas para el caso, y no una sino muchas veces he intentado hacer el ensayo; pero al momento mismo de empezar me ha faltado el valor, persuadido que si la esperiencia me hubiera salido mal, los tunantes que me habian proporcionado las yerbas, hubieran dicho que lo impedía mi cualidad de cristiano. Conservo todavia en mi poder una pequeña cantidad de aquellas raíces, aun cuando no he querido probar nunca su eficacia.»

Cuenta otro viajero que el dia que visitó por la vez primera el jardín zoológico de Londres, presenció los extraordinarios ejercicios de varios árabes fascinadores de serpientes, que en aquella época se encontraban en Inglaterra. Dábase la representacion en el pabellon donde estaba la girafa junto á las cajas de los reptiles. Los magnetizadores se colocaron á un extremo del salon, frente la caja de las grandes serpientes pitones, cuya colosal dimension no querian creer en un principio. Los espectadores colocados en anfiteatro permanecian á cierta distancia respetuosa. Nada impedía el colocarse mas cerca; pero todos creyeron mas prudente el situarse muy atrás para evitar cualquier desgracia.

El árabe mas anciano, puesto de pié en medio del espacio que quedaba libre, dirigió algunas palabras incomprendibles á su joven compañero. Este se dirigió al sitio donde estaban los reptiles, y volvió con una gran caja de pino, cerrada por medio de una cubierta corrediza, y abriéndola metió la mano, sacando un enorme *naia hadje* (*serpiente de cascabel*). Despues de jugar varias veces con ella la colocó en el suelo, y acostándose junto á ella, la miró fijamente. Levantóse al momento el animal, y alargando su cuerpo flexible, giró en torno suyo siguiendo la mirada y los movimientos del árabe. Varias veces quiso arrojarse sobre él y morderle, pero el joven la detenia siempre con su vista. Durante esta operacion el árabe anciano seguia en silencio aquel juego extraordinario; pero acostándose á su vez, murmuró algunas frases dirigidas á la serpiente. No quedaba duda que aquel hombre impresionaba fuertemente al temible reptil, mucho mas que su joven compañero, y todo esto permaneciendo inmóvil, y sin hacer mas que mirar fijamente al animal. Este, abandonando al primer enemigo, dirigió su atencion hácia el segundo, poseido al parecer de un nuevo y mayor acceso de furor. De repente el *naia* con la boca abierta se arrojó á la cara del árabe hincándole fuertemente sus aguzados dientes; pero el fascinador permaneció imperturbable, respondiendo á tanta cólera con una sonrisa de desprecio. Repitióse por dos ó tres veces consecutivas el ataque, pero sin dejar rastro alguno en la faz bronceada del africano.

Despues del primer acto de aquel espectáculo, el árabe anciano, que se decia poseedor desde sus primeros progenitores de la facultad de fascinar las serpientes, abrió otra caja, y sacó de ella cuatro ó cinco grandes lagartos, y cojiéndolos todos por la cola empezó á provocar con ellos la cólera de la serpiente. Hecho esto, el mas joven sacó de la caja otro *cerasto* que parecia enteramente estenuado y sin fuerzas. Colocado en el suelo, este no se levantó como el primero; pero cuando el magnetizador se le acercó, el reptil se agitó vivamente con movimientos convulsivos, arrojándose pesadamente, y lanzando sobre el árabe ciertas miradas traidoras que nada presagiaban de bueno. Creyeron todos por un momento que iba á arrojarse sobre el árabe; pero nada. El africano le cojió de nuevo, hizo con él diferentes suertes, le sopló y escupió en el rostro, y le arrojó al suelo enteramente dominado; al verle podia decirse que habia sido acometido de un repentino malestar. En fin, el implacable fascinador le cojió por segunda vez, repitiendo los juegos y pruebas anteriores, y metiéndolo en el pecho, abrió otra caja que encerraba otras varias serpientes venenosas, que metió igualmente en el pecho, entre otras un formidable y terrible *naia*.

(Continuará.)

ESPOSICION AGRÍCOLA DE BRESLAU.

La competencia es el mejor estímulo para la industria y las artes. Aeste principio, que ha dejado ya de ser cuestionable, debemos ese sin número de exposiciones públicas que diariamente se anuncian por toda Europa y que convidan al agricultor, al artesano y al industrial á concurrir con sus mejores frutos, con sus mas escogidos artefactos, prometiéndoles pronta y facil salida para sus géneros. Estos medios de publicidad, adoptados, por decirlo así, para las manufacturas y para toda clase de productos, no llama solamente la atencion del mercader ó la del simple comprador; llama por millares á los curiosos, á los que buscan distraccion, á los aficionados á la animacion y al bullicio. Miradas bajo este punto de vista las exposiciones, pueden considerarse como una feria ó como una romeria, y en este caso, la de Breslau no cede seguramente la preferencia á ninguna otra. Allí se puede decir que reina la alegría, la franqueza, de una manera verdaderamente despótica. El aire de regocijo y de sencillez que se ve retratado en todos los semblantes, dejarían fuera de toda duda sobre este punto al primer advenedizo. Si no es comparable en manera alguna por su importancia y riqueza con la celebrada últimamente en Londres; si no merece que de los países mas remotos vayan innumerables extranjeros á visitarla, tiene al menos la ventaja inapreciable de dejar grabado su recuerdo de una manera indeleble en la mente del viejero que la ha visitado una vez, por la diversidad de cuadros que allí se observan, por la belleza del paisaje en que se celebra, y por la variedad de placeres que encuentra allí el hombre de costumbres dulces y morigeradas.

MAGDALENA.

(Continuacion.)

Bruno decia: —El millon del curtidor y los dos mios sumaran tres: si vivo veinte años, estos tres millones me producirán diez, que capitalizados me daran ciento cincuenta mil libras de renta; de modo que si llegado este caso no muero muy pronto...

Pero entonces no sospechaba cuan terrible rival iba a tener en la persona de su primo Martin Van Honke, boticario de la Plaza Mayor. No bien conoció las intenciones de este, disimulo su despecho, pero juró al farmacéutico un odio eterno.

Ignoraba sin embargo con qué antagonista iba a habérselas, y no sospechaba las dificultades que tendria que vencer.

La llegada de Maës de Croi le puso en aprieto, pues conoció que era su temible rival porque era incapaz de comprender su desinterés. Se propuso pues espiar al nuevo concurrente.

coreta llamado Veimøms en el año 600. La afluencia de los hereges convertidos fué tan grande, que hubo necesidad de construir otro edificio mayor; pero se dividieron los pareceres respecto al sitio que debia ocupar. Los convertidos se metieron en una barca, y la abandonaron a la corriente de Lys, que la condujo a la orilla cuando precisamente pronunciaba San Bertin que iba en ella estas palabras: Hæc requies mea in seculum seculi: hic habitabo quoniam elegi eam. Allí se abrieron los cimientos de la abadía.

Dicha crónica, sin embargo, equivoca lastimosamente el Lys con el Aa que corre a cien pasos de las ruinas.

Rigoberto, sucesor de San Bertin, esparció tambien la luz del Evangelio en las comarcas circunvecinas, y erigió muchas iglesias. La abadía, sin embargo, fué saqueada y quemada por los bandidos, y el abad Foulques la fortificó, hasta que en 1152 la destruyó completamente un horrible incendio.

Enrique Condesaire dió principio en 1330 al edificio que aun existe, y que se concluyó a principios del siglo XVI. Por lo demás, la abadía de San Bertin ha conocido ochenta y tres palacios desde la primera fundacion hasta que la revolucion

jante hora, se adelantó hácia donde habian resonado aquellos pasos; pero estos se alejaron, y al fin distinguió confusamente la sombra de un hombre que desapareció al punto sobre las ruinas.

Creyó que seria el despertador, quien sin duda se dirigia á la torre.

Sin dar importancia á este suceso, que le interesaba poco, volvió á ponerse en observacion, y ya no tuvo que esperar mucho tiempo la llegada de Magdalena. Abrióse la puerta, y la jóven se detuvo á examinar las ruinas; mas no bien la dejó ver un rayo de la luna el perfil de Maës, cuya capa se destacaba sobre las blancas piedras, cuando atravesó rápidamente la plaza y se acercó á él.

—Os he hecho esperar mucho, le dijo.

—Temia que os hubiera acontecido alguna desgracia.

—Ya he experimentado la mayor, y solo temo otra. Por eso he querido hablaros, Maës.

—Pues bien, hija mia, internémonos mas, para que nadie nos vea y no interpreten mal los ociosos esta entrevista.

Dicho esto avanzaron, agarrados de la mano, por las ruinas, sembradas de columnas, cornisas y capiteles, deteniéndose



Exposicion agricola de Breslau, dibujada por Souderland.

Martin Van Honke hacia por su parte los mismos cálculos y las mismas reflexiones.

Ya veremos cómo se manejaron para inutilizar al enemigo comun.

IV.

Las ruinas de Saint Bertin.

El día que siguió al del banquete funeral de Noël Wamberg y á eso del anochecer un jóven embozado en su capa se dirigió hácia la plaza de Saint Bertin atravesando los escombros; pasando despues sobre un fuste destrozado de columnas, permaneció inmóvil con los brazos cruzados como si fuera una estátua, y examinó con mirada melancólica el sitio de la plaza, ocupado por la fábrica de Noël Wamberg.

Entonces conoció que se habia adelantado á la hora prefijada para la cita. Pero ¿á quién no le ha sucedido lo mismo? Poco despues se puso á contemplar las ruinas que iluminaban los últimos rayos del sol.

San Bertin es uno de los mas antiguos monumentos de la Morinia. Una crónica atribuye su fundacion á cierto ana-

de 91 la convirtió en ruinas. La torre subsiste todavia, y es muy alta. Varios trozos de arcos góticos parece como que quieren formar una nave cuya bóveda es el firmamento: cintas sin concluir se elevan por todas partes á sostener una techumbre que no existe, y amenazan desplomarse sobre los curiosos que se aventuran en tan peligroso recinto: algunos pilares lo cortan de trecho en trecho, y grandes moles de piedra sostienen los pasos del investigador que no teme perderse entre las ruinas.

Maës de Croi no se mostraba insensible á la perspectiva de tan imponente cuadro, de modo que esperó á Magdalena con menos impaciencia de la que él mismo se figuraba. Trascurrió media hora, y cansado al fin de su inmovilidad, empezó á andar por las ruinas en direccion á la torre. La noche habia cerrado, y la luna estendia ya sus opacos rayos sobre aquella mole, ocupada por el despertador público que en aquella tenia su morada en compania de las aves nocturnas, al paso que las sombras de los pilares hacian completa la oscuridad. Maës oyó claramente un ruido de pasos, pero no vió acercarse á nadie.

Estrañando encontrar otra persona en las ruinas á seme-

dose de vez en cuando á contemplar aquella soledad que la luna poblada de mil fantasmas. Las mas estrañas imágenes se confundian allí sin romper la misteriosa armonia que entre ellas reinaba; sucedíanse las figuras mas desemejantes, y cambiaban de fisonomia á medida que los dos jóvenes mudaban de sitio.

Detuviéronse por fin en una especie de rotonda que en otro tiempo debió ser una capilla lateral del templo. El suelo no aparecia sembrado de maravillas arquitectónicas, como en las demás partes que habian atravesado; pero en el centro se elevaba una pila bautismal de mármol negro. Su copa estaba rota, y la base formada en los cuatro extremos de líneas ogivas.

Maës y Magdalena se acercaron á la sagrada piscina y apoyaron en ella los brazos para hablar cómodamente. El primero continuaba embozado en su capa, cuyos pliegues ondeaban con severa elegancia. Magdalena llevaba un vestido negro que aprisionaba su esbelto talle, y su pálido rostro presentaba una espresion religiosa y melancólica, realizada graciosamente por una cabellera rubia dividida en dos magníficas trenzas.



Magdalena.

Dicho esto salió de la capilla, y siguió á los jóvenes con la vista.

Maés acompañó á Magdalena hasta la puerta de su casa, y en seguida tomó la direccion de la fonda.

Bruno no le perdió de vista; pero un ligero miedo le hizo volver la cabeza, y á pocos pasos divisó el perfil anguloso de Martin Van Honke, que tambien espiaba al guarda general.

—Es decir, primo, le dijo, que tambien tú has descubierto á nuestro mas terrible adversario?

—Sí, contestó el farmacéutico, y creo que debemos unirnos contra el enemigo comun.

—Corriente, aun cuando despues nos disputemos la presa.

—Convenido.

Bruno Corbehem y Martin Van Honke cambiaron una mirada que no ocultaba su odio bajo una aparente franqueza: despues se estrecharon las manos y se alejaron hablando en voz baja.

Su conversacion se interrumpia con jostrepitosas carcajadas.

V.

Estratajemas.

Aunque aconsejada por un interés comun, la asociacion de Martin Van Honke y de Bruno Corbehem solo era una tregua de mala fé. Su primer cuidado fué poner por obra sordas maquinaciones para deshacerse del jóven guarda general.

Les pareció esto sumamente fácil, por lo mismo que se habia marchado ya de Saint Omer y que los ausentes nunca tienen razon. Pero la anciana Wamberg no mudaba facilmente de opinion, y le bastaba saber que su hijo hubiese apreciado á Maés de Croi para que ella le mirase con predileccion.



Magdalena.

Martin Van Honke se encargó de terminar este asunto; por lo que desde entonces frecuentó mas la casa de la ciega. Bruno no conoció la grave falta que habia cometido hasta que ya no le fué tan fácil repararla.

Poco despues se supo que Martin habia dejado la botica á uno de sus mozos, y que dirigia la fábrica de curtidos de Wamberg como socio: añadiase que Magdalena solo esperaba á que trascurriese el tiempo de luto para darle su mano.

Bruno Corbehem comprendió que era llegado el caso de dar un gran golpe, y fué á ver á la ciega.

—Abuela, la dijo, ¿no sospechais por qué he venido á hablaros?

—Espícate con franqueza, Bruno, le contestó ella.

—Pues bien: os he dejado todo el tiempo necesario para que os hagais cargo de vuestros verdaderos intereses; pero ahora es preciso acabar de una vez. No ignorais que el primo Noël tenia intencion de darme su hija en matrimonio.

—Es verdad; pero tambien la ofreció á Martin Van Honke que ha ganado ya bastante.

—Pues es preciso escoger.

—Esa es justamente la dificultad. Si Magdalena eligiese... pero no quiere oír hablar ni de él ni de tí.

—Porque piensa en otro...

—Sí, sí, pero ante todo los buenos escudos: en cuanto al otro, tiene el pleito perdido.

Bruno vió que Martin habia preparado concienzudamente el terreno respecto á Maés, y añadió:

—Ya que hablamos de escudos, ¿no será justo conceder la mano de Magdalena al que posea mas?

—Así pienso yo.

—El negocio en tal caso es muy sencillo, porque perdereis mucho tiempo antes de encontrar un hombre que tenga sesenta mil libras de renta en bienes raices.

—¡Sesenta mil libras! exclamó la vieja enderezándose en el sillón.

Martin Van Honke vió salir á Bruno, y media hora despues ya estaba al lado de la vieja, á la que decia:

—¿Qué os ha dicho Bruno?

—Que posee sesenta mil libras de renta.

—Ha mentado.

—Eso se verá.

El boticario se apretó la frente como si hubiera recibido en el cráneo un martillazo, y se fué hácia la muralla de la ciudad corriendo como un loco y murmurando:

—¡Rico! ¡Rico! yo quiero ser rico.

Al cuarto de hora encontró á Bruno que volvia á su casa: el boticario quiso evitar su encuentro; pero ya era tarde, pues su primo se sonrió con aire burlon enseñándole los colmillos.

—Que aproveche el paseo, primo, le dijo en seguida saludándole.

Martin le miró como aturdido, y huyó como un ciervo, sin contestarle.

Magdalena fué la primera que habló para referir á su jóven amigo la triste alternativa en que se hallaba. Era un porvenir espantoso para una alma dispuesta á gozar de todos los sentimientos piadosos y dulces de la vida, el caer en manos de Martin Van Honke, ó de Bruno Corbehem.

Estaba tan convencida de que una barrera insuperable la separaba para siempre del guarda general, que le pidió sus consejos con una sencillez encantadora. La respuesta era delicada y penosa, por lo que Maés la retardó cuanto le fué posible.

Aquella conversacion duró mucho tiempo y Magdalena la terminó diciendo: —¿A cuál de ellos debo unirme?

—Ni á uno, ni á otro.

—Vuestro consejo es el mismo que me ha dado el señor abad Van Troyen.

—Muy mal consejo, repitió un hombre que se hallaba á pocos pasos de los jóvenes.

Volvieron estos la cabeza con sorpresa y estremecimiento, y vieron apoyado en un pilar inmediato á Bruno Corbehem. Dió algunos pasos, y se detuvo; sus facciones iluminadas por la luna ofrecian una mezcla grotesca, innoble y terrible.

—Hijos míos, les dijo con paternal acento, he oido todo vuestro diálogo: me juzgais mal de seguro, porque yo solo anheo vuestra felicidad.

—Escuchadme, añadió clara y terminantemente como un matemático que explica un teorema: jugamos á juego limpio y con cartas vistas, y de este modo nos entenderemos mejor. Vosotros os amais.

Un vivo rubor coloreó las mejillas de ambos jóvenes; pero ninguno de ellos se mostró con el calor necesario para protestar contra aquella asercion, y apenas pudieron articular algunas palabras confusas.

—Bien, bien, prosiguió Bruno; no hay en ello el menor mal, porque cada edad tiene sus gustos y sus caprichos, y yo tambien los he tenido.

Una sonrisa infernal entreabrió sus gruesos labios.

—Hoy, sin embargo, es preciso que los negocios ocupen el primer lugar. Hé aqui por qué quiero casarme. No os asustéis, queridas tortolillas, porque en mí encontrareis un hombre muy indulgente.

—Sois un infame, le gritó Maés indignado: seguidme, Magdalena.

—¡Tá, tá, tá, tá! exclamó Bruno encorvándose de hombros.

Pero al momento en que Magdalena seguia al jóven, Bruno la apretó el brazo con sus dedos de hierro, y le dijo con un acento que la hizo temblar:

—Prima, ese tonto nunca será vuestro marido, y si no os casais conmigo... dejaremos de ser primos.



Estatua de Goethe en Francfort sobre el Mein, por Luis Schwauthahr.

Quince días trascurrieron sin que aconteciese cosa alguna notable: Bruno Corbehem no había repetido su visita á la vieja, y se contentaba con pasearse alrededor de la fábrica. Había pronunciado ya su palabra mágica, y se hacía cargo de que aquella palabra fermentaría en la cabeza de la vieja llamenca.

Martin Van Honke entraba en la fábrica como de costumbre; pero se observó que se ausentaba muchas veces de la ciudad y que andaba muy preocupado. Lejos de buscar una explicación con la madre de Noël respecto á Magdalena, evitaba con el mayor empeño toda conversacion sobre el particular.

Así las cosas, sucedió que una tarde atravesó á caballo Maës de Croi la plaza de San Bertin. Detúvose en la puerta de la fábrica, se apeó y entró en la casa. Magdalena estaba sentada junto á su abuela, y al ver al jóven se cubrió su rostro de un vivo encarnado.

—Bien venido, Maës, le dijo estrechándole la mano.
—¡Maës! exclamó la vieja levantándose; sal de aquí, Magdalena.

La jóven obedeció mas muerta que viva, y pasó asustada á la habitación inmediata; mas no bien cerró la puerta, cuando sus piernas se negaron á sostenerla, y tuvo que sentarse en el suelo. Esta circunstancia hizo que oyese á pesar suyo las palabras de su abuela.

Maës permanecía en pié como petrificado delante de la vieja, que le quería devorar con sus apagados ojos.

—Señor Maës de Croi, le preguntó con amenazador acento, ¿qué venís á hacer aquí?

—Señora, respondió el guarda general, el tono con que me dirigis esa pregunta hace que mi contestacion me parezca difícil.

—Pues bien, contestaré por vos; venís como un ladrón á robar el honor de una familia con apariencias de amistad; engañais á una gente bastante sencilla y confiada para haber creído en vuestra probidad. ¡Ah! Porque sois noble imagináis que criamos nuestras hijas para vuestros caprichos. Es decir que debemos reunir cuarenta mil libras de renta para entregársela á un caballero que no posee veinte francos.

Ofendido Maës por tan groseros insultos, no desplegó los labios, hasta que el convencimiento de su inocencia y de la posibilidad de alguna equivocacion le volvió la palabra.

—No digais más, señora, repuso con entereza, pues en esas acusaciones puede haber un error ó alguna maquinacion que ahora no comprendo. Ignoro lo que queréis decirme.

—¿Sí? ¿Ignorais también lo que ibais á hacer en las ruinas con Magdalena? Todavía estaban calientes los restos de su padre. ¡Ah! Vuestra accion fué mala, caballero.

Esta coincidencia trastornó á Maës, pues conoció que era víctima de una intriga hábilmente urdida, que desde luego atribuyó á Bruno Corbehem, pues ignoraba la cooperacion de Martin Van Honke. Esto no obstante, su legítimo orgullo se rebeló contra suposiciones tan infamantes, y se retiró diciendo:

—Señora, vuestras sospechas me ofenden mucho, y no me rebajo hasta el punto de justificarme.

Montó á caballo en una agitacion difícil de explicar, y atravesó la poblacion sin saber adónde se dirigia.

La casualidad le condujo hácia la parte meridional de la ciudad; atravesó el puente levadizo, y subió por una cuesta, abandonado á la voluntad de su caballo, que emprendió el trote: al fin le sacó de su distraccion la irregularidad de aquella caminata, y entonces conoció que se hallaba en los zarzales.

Estos están situados á media legua de Saint-Omer, en una altura desde la cual se descubre uno de los hermosos puntos de vista de la Morinia. Saint-Omer, sus arrabales y el valle del Aa forman el primer término del cuadro: despues se ven las colinas en declive, y luego á la derecha el monte Canel, el mas elevado punto de Flandes, desde donde se abraza una estension incommensurable.

Semejante perspectiva aumentó tal vez la amargura de los pensamientos de Maës, porque se apoderó de él una languidez desconocida, y se vió obligado á echar pié á tierra.

Sentóse pues, y fijando la vista en la torre de San Bertin esperiméntó en su alma un dolor agudo que llenó de lágrimas sus ojos. Por la primera vez se confesó á sí mismo que amaba á Magdalena como se ama á la muger que se elige por compañera en este mundo de miserias. Aquel amor por tanto tiempo comprimido estalló desesperado en vista de los obstáculos que á él se oponian, y no tuvo mas consuelo que lágrimas y sollozos.

—¡Cuántas veces, exclamaba, la he visto sentada allí, hermosa con sus cabellos rubios, con sus puras miradas y su frente serena... ¡Y no la he de ver mas!...

Los rayos del sol se fueron estinguendo; las colinas endosaron sus nocturnos crespones, y la noche desplegó sus inmensas alas sobre la ciudad: las casas, confusamente agrupadas, tomaron actitudes indecisas, y cesaron como por encanto los murmullos intraductibles que se exhalan del seno de las poblaciones. En medio del silencio resonaron las campanas de San Bertin, y poco despues las de la catedral: luego solo se oyó el ruido del viento.

Maës se había dormido; el llanto y el exceso del dolor suelen producir este efecto. Los relinchos de su caballo le despertaron, y se admiró al encontrarse en aquella oscuridad: levantóse, estiró sus entumecidos miembros, y montó á caballo.

El cielo estaba estrellado, pero no brillaba la luna, y le fué difícil darse cuenta exacta de la duracion de su sueño. Antes de ponerse en camino procuró orientarse examinando el horizonte; pero se estremeció de pronto al divisar en la direccion de Longueuerre un punto rojo, cuya reverberacion iluminaba el sombrío azul del firmamento.

—¡Un incendio! exclamó.
Picó á su caballo, y saliendo al camino entró en la ciudad á escape.

Al mismo tiempo daban las diez en San Bertin: el despertador repitió la hora; pero Maës extrañó que no anunciase á la ciudad el incendio.

—¿Cómo es posible, se preguntó, que ese hombre no vea el fuego desde la torre á la distancia de tres cuartos de legua? Pero no bien hubo hecho esta observacion cuando gritó el despertador:

—¡Fuego en Blaudecques!

—¡En Blaudecques! dijo Maës. ¿Cómo es eso? Yo no he podido equivocarme en los zarzales. ¿Por qué lo señala el despertador en Blaudecques cuando está en Longueuerre?

Hablando así se dirigió hácia las ruinas.

La campana de la torre daba la señal de alarma, y en la plaza se reunia mucha gente.

—¡Fuego en Blaudecques! decian todos.

—¿Estais seguros de qué es allí? preguntaba Maës.

—¿No habeis oido al despertador?

—Sí, pero tengo motivos para saber que se equivoca.

—¡Bah!

—Os aseguro que equivoca el nombre.

Maës pidió un farol en una casa inmediata, resuelto á subir á la torre, pues queria saber á toda costa si el despertador se equivocaba ó no.

Un cuarto de hora despues iban los bomberos por el camino de Blaudecques; pero volvieron á la hora, anunciando á los grupos que todo era mentira, pues allí no se veia una chispa.

Al mismo tiempo gritó un hombre en la plaza:

—¡Fuego en Longueuerre! ¡En la fábrica de destilar de Mr. Corbehem!

Bruno estaba allí precisamente, y al oír aquellas palabras preguntó:

—¿Dónde está Martin Van-Honke?

—Aquí, primo, respondió el boticario saliendo de un grupo de curiosos.

—¿Has ido hoy á Longueuerre?

—No; fui ayer.

—Ah! murmuró Bruno, asustado por la primera vez de la infernal sonrisa que iluminaba el rostro del farmacéutico.

Reflexionó un minuto, y cojiendo del brazo á Martin, lo llevó hácia un pilar.

—Escucha, le dijo con entereza, desde hoy no pondrás los piés en casa de Wamberg, y cuidado con que impidas mi casamiento con Magdalena.

—Es decir, le contestó Martin, que he ahuyentado al guarda general para dejarte libre el puesto...

—¿Te niegas?

—Sí.

Bruno apretó la mano del boticario, y murmuró en su oído estas palabras:

—Mira que conozco la enfermedad de que murió Noël Wamberg.

—Y yo, dijo Martin, sé y no soy solo, lo que sucedió en Oporto en el mes de febrero de 1809.

Bruno Corbehem soltó la mano del boticario; su semblante se puso lívido, y huyó de la plaza sin reunirse á los bomberos que se preparaban, aunque tarde, á acudir á su fábrica de Longueuerre.

VI.

El despertador de San Bertin.

Hemos dejado á Maës de Croi dirigiéndose con un faro hácia la torre de San Bertin. Atravesó las ruinas y llegó á la puerta de la escalera de figura de hélice que conducia á la plataforma, y subió, aunque con trabajo, los primeros escalones. La ascension era peligrosa porque bastaba poner el pié en falso para rodar hasta abajo, en cuyo caso la muerte era inevitable. Pero semejantes dificultades no son mas que bagatelas para un hombre de venticuatro años, de modo que Maës no tardó en encaramarse hasta la plataforma cuadrangular que termina la torre de San Bertin.

Su primer cuidado fué mirar hácia Longueuerre, y entonces conoció que no se había equivocado, pues un incendio de consideracion se extendia con tal violencia, que hacia ineficaces los auxilios de las bombas. Era un espectáculo terrible ver desde él el torrente de llamas que iluminaban las tinieblas y subian hasta las nubes en espirales centelleantes.

Despues dirigió la vista hácia Blaudecques, y no distinguió el menor sintoma de incendio.

—¡Hola, despertador! gritó.

—¿Quién llama? contestó una voz tan discordante como el buho.

Maës divisó en la ventana de una torrecilla levantada en el ángulo septentrional de la plataforma la cabeza mas extraña que había visto en su vida. Era un rostro prolongado y pálido y tan flaco como un pergamino sobrepuesto á un esqueleto. Sus ojos negros y brillantes lloraban sin cesar bajo los arcos salientes de unas espesas cejas; un bosque de cabellos negros herizados de la manera mas pintoresca cubria aquella cabeza á lo D. Quijote, iluminada por los reflejos de una linterna colocada sobre una mesa.

(Continuará.)

LA INDUSTRIA DE LA LANA.

MEMORIAS DE UNA CASACA BORDADA.

Aquella vieja casaca tenía un aspecto raro; estaba tan grave y tan tiesa como cuando se hallaba colgada de los hombros de un funcionario público. Un buen ojo hubiera sabido reconocer en las diferentes tensiones que había sufrido el paño, así como en los remiendos y añadiduras de los bordados, todas las vicisitudes de aquella existencia borrascosa. Despues de haber lanzado una mirada desdeñosa al vestido de muselina, la casaca bordada reunió sus recuerdos y con un tono pedantesco me dijo lo que sigue:

«Caballero, yo no imitaré al viejo vestido, y con la punta de la manga señalaba al vestido de muselina, que no os ha hablado de otra cosa que de sus amores. Sé que los periodistas son amigos de escándalos, pero por mi parte no secundaré una inclinacion tan funesta.»

Me parecia estar oyendo al cómico Monnier en el papel de Prudhomme; hice un ademán de asentimiento, y mi grave interlocutor repuso en un tono sentencioso:

«Era en 1757, y el señor presidente de Latour-d'Aigues que poseia vastos dominios en la Provenza, quiso hacer en Francia lo que Varon había hecho en España. Adquirió á toda costa un carnero padre de Africa, con objeto de cruzar las razas en las provincias meridionales. Este carnero fué uno de mis abuelos, que despuntó encendiendo pasiones incendiarias en el corazon de las ovejas provenzales. Pero la transi-

cion de clima fué un impedimento para que se cumplieran las esperanzas de M. Latour-d'Aigues que se proponia dotar á la Francia de esas lanas sedosas, conocidas con el nombre de lanas-merinas.

«El presidente mandó comprar entonces carneros padres en España, y estos orgullosos animales que me honro de contar entre mis antepasados, perfeccionaron en efecto la casta, perfeccionamientos que llamaron la atencion pública, tanto que en el año de 1776 S. M. el rey Luis XVI (aquí sin duda por costumbre mi interlocutor se inclinó profundamente) obtuvo de su hermano el rey de España la facultad de exportar doscientas ovejas y otros tantos carneros de raza pura de León y de Segovia.

«S. M. confió este rebaño al célebre naturalista Daubenton, que hacia diez años se ocupaba también con mucho ardor en la mejora de las razas indígenas francesas. Los animales españoles, á pesar de que Luis XIV había dicho hacia tiempo que ya no había Pirineos, pudieron á duras penas aclimatarse en Francia dando entre tanto á luz hijos degenerados. En 1781, la España por un tratado especial cedió de nuevo 367 carneros y ovejas de sus mejores razas, á cuyo beneficio se formó el célebre rebaño de Rambouillet. Despues en 1799, la Francia estipuló en el tratado de Basilea que el gobierno español le cediera 3,500 cabezas de ganado elegidas entre lo mas selecto de la raza castellana. Distribuyéronse algunas parejas de estas á gente inteligente que, de acuerdo con el gobierno, trabajó por regenerar la especie, y en efecto, bien luego la Francia pudo contar con una industria fuerte y poderosa.

«Estos pormenores no os parecerán quizá muy divertidos, dijo la casaca bordada interrumpiéndose de repente porque veo que habeis estado á punto de soltar un bostezo que me abstengo de calificar como merece. Os conozco muy bien; sois uno de esos ideólogos que tanto aborrecia mi augusto amo el emperador. Pero ¿puedo por ventura pasar en silencio esos perseverantes esfuerzos sin los cuales el paletot que llevais encima tendria aun un origen extranjero?

«Yo nací con el siglo, despues de la memorable importacion de 1799, siendo hijo de un carnero español y de una oveja verriehona que descendia á su vez del carnero africano introducido en Francia en 1757 por M. de Latour-d'Aigues. Mi padre era un hermoso animal vigorosamente constituido, que llevaba sus cuernos con altanería, y dotado de un rico vellón digno de tentar el valor de nuevos argonautas. Mi madre era tan modesta como hermosa y de una fecundidad inagotable. En aquella época era yo un corderillo de una blancura immaculada. Brincaba con toda la alegría de mi edad en las hermosas praderas del Berry, tan celebradas por Jorge Sand; llenaba el aire con mis balidos lastimeros, y como había mamado con la leche materna los principios de sumision á la autoridad, principios que no he cesado de practicar durante el curso de mi larga carrera, me hice famoso por mi obediencia á la voz del pastor y á los dientes de su perro de presa, un terrible perro que era temido aun de mi mismo padre.

«Así fui creciendo, pastando la tierna yerba y adorado de las jóvenes que me acariciaban con sus manos. Pero ¡ay! esas incesantes alegrías duraron poco; el amo del rebaño decidió que yo naciese sin posteridad. ¿Debo confesarlo? Me cambié en un simple carnero; pero conservé en el fondo de mi corazon un profundo respeto por el principio de autoridad. Mi amo bien habría querido revocar su decision cuando supo que Napoleón había dicho en el seno del consejo de Estado: «La España tiene 25 millones de merinos: quiero que la Francia tenga 100.» Pero era tarde; el mal era irremediable, pues yo ya era carnero.

«Entonces me despedí para siempre de todos los sueños, de todas las ilusiones, y de la esperanza de hacerme una familia que había concebido en secreto. Me esquilaron, y hasta el pellejo; ¡mi lana era magnífica! ¿Sabeis, señor periodista, lo que es la lana? ¿sabeis por qué pruebas he tenido que pasar antes de llegar á los honores?

«Cuando me cortaron el vellón y le lavaron por primera vez para quitarle su materia aceitosa, una porcion de sabios, de comerciantes y de industriales se apoderaron de mí y me discutieron. Entonces supe que cada pelo de lana se aprecia segun su finura, su flexibilidad y su suavidad, calidades que, á Dios gracias, yo poseia en alto grado como herencia de mi padre y de mi abuelo materno. Mi vida entera se hallaba en mi vellón; de modo que cuando me degolló el cortador, á mi pobre carnero, y me vendió á pedazos á los habitantes de la ciudad vecina, fui muy poco sensible á mi desgracia. ¿Qué me importaba morir como un carnero, puesto que mi vida verdadera estaba en mi lana, y que bien luego debía resucitar en forma de paño? Pero no anticipémos los acontecimientos, añadió gravemente la casaca bordada ahogando un suspiro.

«Quizá sabeis que la generalidad de las lanas se divide en tres grandes clases; las lanas comunes, las mestizas, y las merinas. Yo pertenecia por mi nacimiento á la mas noble de estas clases; pero desgraciadamente mi madre, la oveja verriehona, no había podido reunir sus cuarteles de nobleza, de modo que me arrojaron entre las mestizas. Dolorosa fué para mí esta humillacion.

«Me enviaron á París, en cuya ciudad me fui paseando de almacén en almacén, sufriendo mil exámenes. En una palabra, uno de los primeros industriales de Sedan me compró y me sometió á las mas penosas operaciones. Primero me metieron en una caldera donde había 40 grados Reaumur hallándome en contacto con la pótsa para purificarme. Despues, por medio de una porcion de preparaciones, que entimera si yo creyera que os fastidian las operaciones científicas, me quitaron enteramente toda la grasa.

«Entonces me cardaron. Ahora vuestros industriales cuentan con máquina, pero entonces lo hacian á la mano. Esta operacion no tiene otro objeto que el de mezclar los pelos de la lana de modo que se puedan manejar luego con mas facilidad y soltura. En seguida pasarón á rastrillarme, trabajo difícil que se verifica en unos talleres calentados á una temperatura elevada, y siempre igual á fin de aumentar la flexibilidad de los filamentos. El rastrillar la lana tiene por objeto poner iguales los hilos.

—Mi querida casaca bordada, dije yo interrumpiéndola en tono familiar, pasemos á otra cosa.

Esta interrupcion hizo reír al sombrero de raso y al vestido de muselina.

—Caballero, repuso la casaca bordada, nunca seréis mas

que un periodista ignorante. ¡Ah! ¿creéis que el paño que gastais crece como las setas? Pues habéis de saber que para tener un metro de paño se ha necesitado mas genio, mas esfuerzo y mas ciencia, que la que se ha empleado desde que el mundo es mundo para gobernar los reinos y conquistar Estados! Aun no estamos mas que en el principio, ni siquiera hemos llegado al hilado, prodigiosa operacion en que hoy la Francia no tiene rival y que representa siglos de trabajo acumulado. ¿Sabéis que la perfeccion de las máquinas es tal en el día, que la lana se hila tan fina como el algodón, y que cuando yo fui hilada pesaban una libra cincuenta mil metros de sus hilos? ¡Id á los talleres de vuestros grandes industriales en la casa Griotet, en la casa Paturle, y hallareis lanas hiladas tan finas que se necesitan hasta noventa mil metros de hilo para hacer una libra. Los ingleses y sajones no han alcanzado aun tales prodigios, por hábiles que sean. ¿Y qué ha sucedido? Que la Francia que poseia en 1789 diez millones y medio de cabezas de ganado lanar que daban unas dos libras en cada vellon, cuenta en el día 40 millones, divididas en diversas especies que producen en materia fabricada unos 650 millones de francos. ¿Y creéis que eso no es nada? ¿Y no queréis que me encoja de hombros cuando oigo aquí hablar de méritos?

—Señor prefecto! dijo el vestido de madama Tallien con una dignidad soberbia.

Este sencillo apóstrofe bastó para recordar á la casaca bordada que debía ser mas atenta, y en efecto, inclinándose con una ajeja galantería, besó respetuosamente la estremidad de una de las mangas de muselina.

—Caballero, continuó con una tristeza que me estremeció, veo que no he tenido el don de agradaros, por lo cual voy á concluir en seguida. Despues de una innumerable serie de operaciones debidas á muchos miles de inteligencias y de brazos, me convertí en un paño esquisito de lo mejor que nunca se ha hecho en Francia. M. de N... que acababa de ser nombrado prefecto de los Alpes Marítimos por S. M. el emperador y rey, me hizo el honor de comprarme. Me bordaron de plata en todas las costuras, y la primera vez que me presenté en la corte, fué para prestar juramento de fidelidad. Juré con un gran entusiasmo, como que era prefecto. Me fuí despues á mi departamento, donde al cabo de poco vino á unirse conmigo la señora prefecta acompañada de un primo suyo, jóven y brillante jefe de escuadron de la guardia. Allí dimos fiestas y bailes espléndidos dirigidos por el susodicho primo: ¡que satisfecho debía estar de mí mi abuelo el carnero de Africa!

«Llegó la restauracion, y un par de Francia, que tenia mucho interés por mi mujer y por mí, me sacó del gobierno otra prefectura. No tuvo mas que hacer que modificar el dibujo de mis bordados y cambiar de botones. Presté juramento al augusto monarca, á Luis XVIII el deseado; el primo de mi mujer fué nombrado general comandante de mi departamento, y así vivimos dichosos hasta la revolucion de 1830. Cuando mi dueño M. de N... iba á prestar juramentos de fidelidad á Luis Felipe, tuvo un ataque de apoplejía, y su viuda ¡ingrata! desconociendo mis servicios, me vendió á un vil preñero, el cual me puso en manos de un director de cómicos de la legua. Desde entonces he figurado en todas las piezas de Circo, y por fin, héme aquí colgada de esta percha, esperando el fin de mi triste destino, viviendo de mis recuerdos y de mi gloria estinguidos para siempre.

«Si algun día os da la humorada de contar mi historia en los periódicos, tratad de inspirar á algun jóven subprefecto la idea de que vuelva yo á entrar en activo servicio. Todavía estoy bien decente; menos la espalda que está gastada por el hábito de inclinarse á menudo, mi paño está bueno, y con algunos bordados de circunstancia podria prestar aun un nuevo juramento.»

—Esta casaca es escandalosa! dijo el sombrero de raso, cuya edificante historia me propongo contar tambien á mis lectores.

L.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPÍTULO XIV.

Sultan al galope.

El preso se puso á leer poco despues un libro que vió sobre un velador; era precisamente *la conjuracion de Venecia*, por el abate Reynal. Reflexionó entonces acerca de la singularidad de aquella historia, cuyos episodios mas interesantes tanto se asemejaban á su propia situacion, y previó hasta cierto punto que tal vez le estaba reservado un desenlace análogo bajo muchos conceptos al que ofrecian los terribles plomos de la república veneciana, como único asilo de los sentimentales. Desechó sin embargo con energia tan tristes presentimientos, y trató de proseguir su interesante lectura, cuando oyó á sus espaldas un sordo ruido. Levantóse con viveza y vió abrirse lenta y suavemente una puerta oculta detrás de un bellissimo tapiz color de rosa. Una muger jóven y hermosa entró de puntillas en el gabinete con un lio de ropas bajo el brazo, y el capitán reconoció en ella á Coraly.

—Los momentos son preciosos, dijo esta, pues vais á ser arrestado y conducido á la Abadía: que conspiréis ó no, el hecho es que sois sospechoso, porque pertenecéis al número de los amigos del ilustre general, cuya vuelta se teme, y esto basta. Aquí os traigo un traje; despojaos de vuestro uniforme, y entregadme vuestro sable antes de que os lo pidan.

—Coraly! exclamó el capitán estrechando las manos de la jóven. ¡Encantadora y generosa Coraly!

—Generosa... tal vez, porque... en fin... hasta ahora solo he obtenido desdenes en pago... Vamos, capitán; daos prisa. Raimundo se quitó la casaca de uniforme y se puso sin perder momento una levita oscura que su libertadora le presentó. En seguida dejó su sable entre las manos mas blancas y mas lindas del mundo.

—Si, dijo al dárselo, á vos únicamente confío este arma, porque sois una muger superior, porque teneis un alma elevada y tan bella como vuestro rostro.

—Conchuyamos, capitán, y vivid persuadido que os devolveré este sable que me confiáis. Ahora seguidme: os dirigireis por el jardín á la calle de Provenza, saldréis de París,

llegareis á la frontera y volveréis á Egipto. Aquí teneis un bolsillo bien repleto, y deseo que lo aceptéis.

—Señorita, contestó Raimundo siguiendo á su guia, un hombre á quien acusan de que posee millones, debe tener dinero en su bolsillo: os doy pues mil y mil veces las gracias.

La puerta que hemos indicado daba salida á un corredor sombrío; al extremo de este habia una pieza por la que se iba á un patio. Coraly abrió otra puerta, y el capitán se vió fuera del alcance de los satélites de la policia, que se habian esparcido en el interior de la casa.

Raimundo volvió á estrechar las manos de su libertadora, y las besó con entusiasmo.

—¡Ah! exclamó Coraly, ¡cuánto se asemeja algunas veces la gratitud á otro sentimiento! Pero soy una loca... ¿me debéis, por ventura, algo mas que gratitud? Adios. Escribidme cuando esteis en seguridad. Vuestro carácter y vuestras desgracias me han seducido... pero repito que esto es una locura; tambien es un exceso de adhesion, y la locura del alma es tan perdonable como la demencia de los sentidos. ¿No es verdad, capitán? ¿No es cierto, señor conde de Vitry?

—¡Gran dios!... Sabéis... dijo Raimundo.

—¡Oh! sí... sí. Hubiera adivinado en vos un aristócrata, aun cuando mis relaciones con ciertos personajes no me lo hubieran descubierto. Pero un aristócrata que ama á la Francia como vos la amais, no es criminal á mis ojos. Partid, Raimundo, y adios...

—Adios, adorable Coraly.

El capitán se separó de su amiga, atravesando los jardines, y no tardó en desaparecer: la puerta del patio volvió á cerrarse.

La deliberacion del consejo se prolongaba y ¡cosa estraña! estrechado el ministro de policia para que emitiese su parecer, se negaba absolutamente á hacerlo. Fouché, en efecto, declaraba al Directorio reunido que él habia ido allí á recibir órdenes, á fin de ejecutarlas; que habia señalado el peligro y que creia en la existencia de conspiraciones realistas y revolucionarias; pero que no tenia datos para implicar en ellas á los entusiastas partidarios del general Bonaparte; que, en cuanto al oficial del estado mayor general llegado de Egipto, el arrestarlo sin causa legitima era una falta imperdonable, que alarmaria la opinion pública contra la policia y contra el gobierno; falta que, en caso de una derrota, llegaria á espriarse cruelmente.

Lejos de iluminar y de tranquilizar al consejo estas palabras, irritaron los ánimos: la vanidad y la animosidad se hallaban escitadas, y triunfaron de la prudencia.

—Bonaparte aspira á la dictadura, exclamó un director, pero recibirá una leccion severa: mi opinion es que se arreste al oficial que nos ha enviado, y que no es otra cosa que un emisario, un agente secreto de su política, disfrazado de capitán.

El ministro de policia se sonrió y no replicó una sola palabra: el consejo se pronunció unánimemente por el arresto de Raimundo, y un director se acercó á la puerta del gabinete, la abrió con violencia y dijo:

—Capitán, podeis venir.

Entonces apareció en la entrada del salon una jóven con un sable envainado en la mano.

Gritos de indignacion y de cólera estallaron contra ella, y el mismo Fouché la miró con severidad.

—Ciudadanos directores, dijo Coraly con el rostro encendido, no reconozco en nadie el derecho de violar la hospitalidad que concedo en mi casa. El capitán Raimundo ha venido á visitarme; le he recibido bajo mi techo, y seguramente estaba resuelta á perecer antes que permitir que se le tocara á un solo cabello. ¿Y qué! ¿queriais envilecerme, haciendo recaer sobre mí una nota infame? si ese oficial quedaba arrestado por la policia, ¿no hubiera dicho mañana todo París que yo le habia atraído á una emboscada y que os habia vendido su persona? Ciudadanos, vosotros gobernais la Francia, pero yo gobierno mi honor y mi reputacion. Os he cedido con gusto este sitio para que celebrais consejo sobre los negocios del Estado, mas no para que os constituiais en tribunal secreto y perseguidor. Siento mucho, ciudadanos, disgustaros con mis palabras; os respeto muchísimo; pero soy buena francesa y leal republicana.

Despues de pronunciar estas palabras, atravesó el salon con un aire tan marcial y con tanta dignidad, que el consejo quedó subyugado por el ascendiente de aquella muger, y se desvaneció toda su indignacion. Barras, no obstante sus sospechas, ó tal vez á causa de sus mismos celos, experimentó notables aumentos en su pasion por la infiel y divina Coraly. Propuso que se levantase la sesion; y como todos los individuos allí presentes debian cenar aquella misma noche en casa de Lareveillere-Lepaux, apoyaron la opinion del presidente, y se dirigieron al patio, donde sus carruajes esperaban á los ciudadanos directores.

Dícese que Fouché, antes de retirarse, dejó escritas en un papel estas palabras, dirigidas á Coraly:

«Os doy las gracias, pues me habéis sacado del mas terrible apuro que he tenido en mi vida.»

El fugitivo entre tanto llegó al arrabal de San Honorato, y no bien entró en su casa, llamó al conserje Bertrand y le dijo:

—La silla y la brida á mi caballo; las pistolas corrientes... mañana tendréis noticias mias y te explicaré todo.

Subió en seguida á su cuarto, guardó varios papeles, y sacó de la arquilla de hierro cincuenta rollos de oro que en él quedaban: esto fué obra de diez minutos: despues bajó al patio y arregló á su gusto la cincha del famoso *Sultan*. Dirigiéndose luego á Bernard, le dijo:

—Toma; puede suceder que no volvamos á vernos; recibe pues como una expresion de mi reconocimiento, para atender á tu vejez, esta suma que te destinaba. No la rehusés y déjame partir al galope.

El viejo Bernard, inmóvil de asombro y perdido en un laberinto de conjeturas, recibió maquinalmente veinticinco rollos de á mil libras tornesas. Cuando volvió en sí de su estupor, corrió á la puerta de salida que su amo acababa de atravesar montado, pero conoció al punto que seria perder lastimosamente el tiempo el empeñarse á seguir las huellas de *Sultan*, cuyo galope llegaba á sus oídos. No tardó en efecto en debilitarse el ruido que hacian sus fuertes cascos sobre el empedrado de la calle, hasta que al fin se apagó completamente.

El capitán Raimundo, cabalgando en el corcel mas vigoroso y corredor que existia en Francia en aquella época, atravesó la barrera de París y se lanzó á la carrera con la violencia de un torbellino.

La noche era magnífica, y un cuarto de luna creciente iluminaba el espacio.

FIN DEL PRIMER TOMO.

ABDICACION DE NAPOLEON.

Han pasado treinta y nueve años desde que Napoleon escribió en Fontainebleau aquellas palabras fatales con que renunció para sí y su descendencia el trono imperial de Francia que fundara pocos años antes, rodeándole de fausto y esplendor. El momento en que el emperador va á firmar la abdicacion, en 11 de abril de 1814, episodio tan interesante no solo de la historia de Francia, sino de la de todas las naciones europeas, es el que ha elegido el profesor Frunler para el asunto del gran cuadro histórico que se admira actualmente en Berlin y cuya copia damos en este número. Parece increíble que despues de haberse tratado por tantos pintores notables de todos los países los diferentes asuntos relativos á la vida y hechos de aquel poderoso conquistador, hallara todavía el profesor alemán que hoy nos ocupa, motivo suficiente para escitar el interés del público: y sin embargo lo ha conseguido en el mas alto grado por la buena composicion del cuadro, la escelente eleccion de las figuras, y la armonia y buen gusto que reinan en su conjunto. Todos los personajes que representaron algun papel importante en aquel drama lúgubre, precursor de la caída definitiva del coloso del siglo, se hallan reproducidos en la composicion de Frunler con una fidelidad admirable, siendo particularmente característica la expresion de las cabezas. La angustiosa afliccion de Polineurt, la profunda atencion de Vey, el severo rostro de Mac-Donald y la triste meditacion de Berthier, reflejan, por decirlo así, la lucha interior que sufría Bonaparte al tomar la pluma que le presentaban. En una época en que la pintura de historia, si no puede decirse precisamente que se halla en su mayor decadencia, es seguro al menos que no abunda en grandes pintores de reconocido mérito que se dediquen á cultivarla, causa placer y admiracion ver á hombres como Frunler que acometen la noble empresa de reproducir en el lienzo sucesos contemporáneos de grande importancia, y consiguen hacerlo de un modo que nada deja que desear al crítico mas severo.

ANIVERSARIO DE GOETHE.

Bien conocida es de todos la fama inmortal de Goethe, ese insigne poeta que empezó á florecer en el siglo XVIII, y á quien bien podemos llamar el restaurador de la literatura alemana. El 28 de agosto, aniversario de su nacimiento, es un día de júbilo y de fiestas para todos los alemanes, y mas particularmente para la ciudad de Francfort, sobre el Mein, que ha tenido la suerte de contarle en el número de sus hijos. La víspera de dicho aniversario empiezan los festejos, y el mencionado día pasean procesionalmente el busto de Goethe por las calles mas principales de la ciudad, recitándose en varios sitios composiciones alusivas; luego dan un gran convite, al que suelen asistir cuatrocientos ó mas convidados; y finalmente por la noche se ilumina el teatro, representándose siempre alguna composicion de este insigne poeta.

Tal es el modo que tienen de celebrar el aniversario del día en que vió la luz el grande hombre que ha sabido inmortalizarse con sus obras, y del cual damos un busto en bajo relieve y una copia de la preciosa estatua erigida en Francfort.

LA TUMBA DE NAPOLEON.

Hé aquí una curiosa descripcion de la tumba de Napoleon, ya concluida en los inválidos:

«La entrada principal de la tumba está al mediodia del hotel de los inválidos, y da sobre la plaza de Vauban.

«Una dulce y misteriosa luz esparce sus rayos en este templo de la muerte y de la gloria. Los vidrios incoloros de las ventanas se han sustituido con otros de un color violeta claro. El piso se compone de magníficos mosaicos del tiempo de Luis XIV, restaurados con tanto cuidado como talento. A la derecha é izquierda se ven los monumentos funerarios de los grandes capitanes, honor y apoyo de la Francia del gran rey, Turenna y Vauban; se pasa cerca de la galeria circular de la cripta formada con los mas bellos y enormes pedazos de mármol blanco de Italia, adornada de coronas de encina esculpidas; salúdanse los restos de Duroc y de Bertrand, amigos fieles en la fortuna como en la desgracia, y bajando por una escalera de mármol se llega al frente de la puerta funeraria que permite acercarse á la tumba.

«Detengámonos ante esa puerta de bronce, de aspecto imponente y severo, encima de la cual se lee e ta inscripcion en bronce sobre una tablilla de mármol negro: «Yo deseo que mis cenizas descansen á orilla del Sena, en medio de un pueblo que he amado tanto». Un magnífico altar de mármol verde causa la admiracion del que lo mira, monumento moderno en el monumento fundado por Luis XIV; santa introduccion al asilo que un rey, cuyas cenizas reposan en tierra extranjera, ha dado á las cenizas del emperador, muerto tambien en el destierro.

«Dos estatuas colosales ejecutadas por Duret se levantan á los lados: la una tiene un globo; la otra el cetro imperial; la una representa la fuerza civil, la otra la fuerza militar. Estos son los guardianes silenciosos y eternos de la tumba; los primeros recuerdos de aquella vida cuyos hechos mas ilustres se encuentran mas adelante esculpidos sobre mármol.

«Atravesemos el oscuro vestíbulo que conduce á la cripta, y cuya bóveda está formada por los escalones del altar, escalones de mármol blanco abiertos en pedazos de mas de veinticinco pies de longitud, y nos encontramos en presencia de la masa imponente que encierra el ataúd robado á las rocas de Santa Elena.

«Pero antes de aproximarnos á estos restos gloriosos, recorramos la galería que se extiende bajo el piso de la media naranja, y á cuyo techo están suspendidas lámparas funerarias de bronce.

«Allí están los diez bajos relieves de mármol blanco que reasumen, por decirlo así, la vida de Napoleón.

«En estos bajos relieves, Napoleón ocupa siempre el centro de la composición. Figuras simbólicas le acompañan y sirven para recordar los trabajos de su vida; no es tan solo el batallador, el guerrero; es además el legislador, el protector de la agricultura, de las artes, de las ciencias, del comercio y de la industria.

«Estos bajos relieves, compuestos por Simart, han sido ejecutados, bajo su dirección y personal responsabilidad, por Lanno, Petit, Chambart, Osbin, etc. Recuerdan las instituciones de Napoleón.

«La pacificación de las discordias civiles.—El Concordato.—La administración.—El consejo de Estado.—El código.—La universidad.—El tribunal de cuentas.—Fomento del comercio y la industria.—Trabajos públicos.—La Legion de Honor.

«Hoy se puede colocar el pie sobre el mármol que forma el suelo de la cripta. Una estrella inmensa de amarillo de oro, á través de cuyos rayos corre una corona de laurel en mosaico, ha sido incrustada en él. En los intervalos se leen los nombres de Rivoli, de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, de Wagram y de Moscowa.

«El efecto de esta corona es admirable. El sombrío follaje de laurel es de verdad indecible, y hace resaltar el color encarnado del monolito que se alza en el centro y sobre una doble base en toda su colosal sencillez.

«Ya se sabe que esta masa enorme, no sobrecargada con inútiles esculturas y que solo tiene por adornos aristas redondeadas, ha sido traída del fondo



Retrato de Goethe por Posch, sacado en relieve por Kretyschmar.

de la Finlandia, y que ha sido trasladada á fuerza de muchas fatigas á orillas del Sena. Se han empleado los procedimientos mas ingeniosos para cortarlo y labrarlo. Para darle una forma sepulcral ha sido necesario el auxilio de una máquina de vapor.

«El ataúd tiene cuatro metros de longitud por dos de ancho, y cuatro metros y medio de altura. Se halla formado de cuatro piezas, la tapa, la urna y los dos soportes, hallándose colocado sobre un suelo de granito verde de los Vosges.

«Como compañeras inmóviles de esa tumba, y para sosten de la galería de la cripta, están de pie las doce colosales victorias de Pradier, retocadas por Simart y Lequeine, con el rostro vuelto hacia el sepulcro y ostentando en sus manos los símbolos de las principales victorias del emperador. Son de mármol blanco de Carrara y de una sola pieza, que constituye no solo las estatuas, sino los pilares de la cripta.

«Diremos dos palabras del dibujo que M. Visconti ha hecho con tan feliz éxito bajo el nombre de Relicario.

«Este relicario es una pieccecita que se halla en la misma línea que la puerta de bronce revestida de mármol negro, y cuya entrada se halla cerrada por una cerraja de severo dibujo.

«En medio de este verdadero santuario se hallan depositadas: la espada que Napoleón llevaba en Austerlitz, las insignias que adornaban su pecho en los dias solemnes, la corona de oro votada por el patriotismo y reconocimiento de la ciudad de Cherbourg, y á los lados las sesenta banderas conservadas en el palacio de Luxemburgo por el marqués de Somerville, restos gloriosos de tantas conquistas.

«En el fondo de este relicario se ve una estatua de mármol de Napoleón en traje de emperador, y teniendo el cetro en la mano derecha y el globo en la izquierda. Una lámpara ilumina este relicario, y permite ver todos los objetos que encierra.



Abdicación de Napoleon en Fontainebleau, el 11 de abril de 1814.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.